

Ferri Coll, José M.^a, Rubio Cremades, Enrique,
y Thion Soriano-Mollá, Dolores (eds.), *Azorín.*

La invención de la literatura nacional

Madrid: Iberoamericana Editorial, 2019

Maila LÓPEZ VIÑAS

Authors:

Maila López Viñas
Universidad de Alicante
mailalovi97@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2586-8570>

Date of reception: 02-12-2019

Date of acceptance: 29-01-2020

Citation:

López Viñas, Maila, «Ferri Coll, José M.^a, Rubio Cremades, Enrique, y Thion Soriano-Mollá, Dolores (eds.), *Azorín. La invención de la literatura nacional*», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 271-274.
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.20>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



El volumen recopilatorio refleja el afán de Azorín por construir una resignificación del legado cultural de las naciones, de tal modo que los ciudadanos identificaran el acervo literario y artístico de sus países con la auténtica esencia de su patria. Desde su perspectiva, «la historia literaria no se concibe como un proyecto erudito, sino más bien cultural, capaz de dar cuenta del estado de civilización de un pueblo» (p. 116). Cabe señalar que para llevar a cabo esta investigación sobre la invención de la literatura nacional de Martínez Ruiz, los diferentes colaboradores han realizado un análisis exhaustivo y pormenorizado de sus principales ensayos y publicaciones.

El volumen editado por los profesores José M.^a Ferri Coll, Enrique Rubio Cremades y Dolores Thion Soriano-Mollá está compuesto por un prólogo y cinco capítulos, titulados «I. La ideación azoriniana del concepto de nación», «II. Nacionalidad literaria», «III. Cervantes, padre de la nación literaria española», «IV. Azorín, modelo de la literatura nacional» y «V. Europa y la nación literaria española», respectivamente. A su vez, cada uno de los capítulos presenta diferentes subcapítulos, relacionados temáticamente, que están redactados por profesores y profesoras de diversas universidades.

La obra se centra en la vida y el pensamiento de Azorín como uno de los principales representantes de la generación del 98. En su juventud, el alicantino estudió Derecho y fue un activo militante anarquista que tradujo escritos de Hamon y Kropotkin. Tras abandonar las filas de esta doctrina, fue evolucionando hacia posturas más reaccionarias y llegó a simpatizar con las ideas de Maura y De la Cierva. También fue diputado conservador en diversas ocasiones, entre los años 1907 y 1920. Entre sus publicaciones, merece especial mención la trilogía conformada por *La voluntad* (1902), *Antonio Azorín* (1903) y *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904).

El escritor acuñó el concepto de «generación del 98» en una serie de artículos publicados en 1914, que posteriormente se recogieron en el título general de *Clásicos y modernos*. Recurrió a este término para denominar a los autores españoles que plasmaron en su obra las inquietudes propias de la crisis espiritual de la cultura occidental finisecular, en los primeros años del siglo XX. Todos ellos enriquecieron la lengua mediante la incorporación de términos castizos, y se caracterizaron por la búsqueda de la innovación literaria. Algunos ejemplos que lo ilustran son las nivolas, de Unamuno, y el esperpento, de Valle-Inclán, creaciones originales que transformaron el modo de entender la novela y el teatro de la época.

Importantes críticos e historiadores de la literatura, como Pedro Salinas y Guillermo Díaz-Plaja, secundaron esta nomenclatura azoriniana para referirse a la nómina de intelectuales constituida por Valle-Inclán, Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu y Antonio Machado. Al margen de algunas diferencias, la actitud sombría y comprometida con la realidad sociopolítica de su tiempo fue un denominador común en los integrantes de esta corriente. Otro rasgo general que permitió unificar a los miembros de esta generación fue la influencia que estos recibieron de filósofos idealistas e irracionistas, como Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard y Bergson.

El profesor Miguel Ángel Lozano expone una reflexión sobre la repercusión que tuvieron las obras *Metafísica de lo Bello y Estética*, *El mundo como voluntad y representación* y *Sobre la voluntad en la naturaleza*, de Schopenhauer, en el pensamiento azoriniano, concretamente en el capítulo III del volumen (pp. 231-251).

Los noventayochistas divulgaron sus ideas regeneracionistas, a través de revistas como *Juventud*. Otro gran paradigma filosófico que permitió agruparlos fue el pesimismo, una doctrina que los escritores plasmaron en los protagonistas de sus novelas, entre los cuales podemos destacar a Andrés Hurtado (*El árbol de la ciencia*), Antonio Azorín (*La voluntad*) y Augusto Pérez (*Niebla*).

Martínez Ruiz, Baroja y Maeztu, que se conocieron en Madrid, firmaron el «Manifiesto de los tres», donde denunciaron la decadencia de España, provocada por la pérdida de sus últimas colonias, Puerto Rico, Cuba y Filipinas. El conocido como «Desastre de 1898» supuso la caída de la proyección imperial española, y provocó una debacle política y económica en el país. Estos hechos desencadenaron una crisis de valores que marcó la vida y la obra de los noventayochistas, preocupados por el declive de su patria. Los citados autores participaron en actos colectivos propios, como el homenaje a Larra, el 13 de febrero de 1901.

Todos ellos reflejaron en sus publicaciones ideas europeizantes para transformar el espíritu nacional; en el pensamiento azoriniano, Francia era el modelo que debía imitar España (p. 29). Sin embargo, a pesar de las ya comentadas coincidencias, hubo algunas singularidades que los diferenciaron. Por ejemplo, Baroja se inclinó hacia el escepticismo individualista; Azorín y Maeztu se vincularon con el tradicionalismo conservador; y Unamuno se debatió entre la fe y la razón.

Encontramos algunos ensayos en los que el tema de España cobra especial protagonismo; en ellos aparece una visión lírica y contemplativa del paisaje castellano, entendido como símbolo de la desolada alma española. En relación con este tópico, hay un subcapítulo, escrito por Francisco Fuster, dedicado a *Una hora de España* (1924), enmarcado en el capítulo I del volumen (pp. 87-105). Por otro lado, en el capítulo II, hallamos un subcapítulo, redactado por Leonardo Romero Tobar, focalizado en *El alma castellana* (1900) y *Los pueblos* (1905) (pp. 127-136).

Son también célebres los estudios de Azorín sobre los clásicos de la literatura española, en los que se fragua la invención de la literatura nacional (p. 152). Dentro de esta línea temática, encontramos *La ruta de Don Quijote* (1905), *Lecturas españolas* (1912), *Clásicos y modernos* (1913) y *Al margen de los clásicos* (1915). Cabe señalar que, en el capítulo II del libro, figura un subcapítulo donde Laura Palomo Alepuz realiza un análisis de esta última obra (pp. 137-150). Por otra parte, el capítulo III recoge diferentes subcapítulos que hacen hincapié en la influencia que ejerció Miguel de Cervantes en Martínez Ruiz.

A su vez, fue significativa su colaboración en la revista *Destino*, fundada en 1937. En este sentido, cabe destacar que no solo fue relevante su vertiente literaria, sino también su faceta como periodista. El capítulo IV del libro, denominado «Azorín, modelo de la literatura nacional», aúna dos subcapítulos centrados en el estudio de esta revista, escritos por Blanca Ripoll Sintes (pp. 255-274) y Marisa Sotelo Vázquez (pp. 275-293).

Durante la Guerra Civil Azorín decidió exiliarse en Francia, donde escribió *París* (1945), una obra que podría titularse, según Enrique Rubio Cremades, «Memorias literarias en la ciudad parisiense», pues en sus páginas todo gira en torno a este específico campo de las humanidades (p. 349). En resumen, podríamos afirmar que lecturas, erudición y bibliofilia constituyen los pilares de esta recopilación (p. 352). Al regresar a España, Azorín se instaló en Madrid, donde publicó la novela *El escritor* (1941). Posteriormente, fue galardonado con el Premio Nacional Miguel de Unamuno, por *España clara* (1966).

En el desarrollo de la identidad nacional que promueve Martínez Ruiz, cobra especial importancia la recuperación de los valores de los clásicos de la literatura castellana. Como sostiene Martín-Hervás, Azorín «construirá una nueva identidad española, de carácter fundamentalmente cultural y, si se apura, literario, aunque en ella se encuentren rasgos tanto de tipo estético como ético» (p. 26).

Según el propio Azorín, «los caracteres de las naciones quedan reflejados en los valores que encarnan las obras literarias, especialmente las de los clásicos, porque simbolizan el espíritu colectivo y la cultura compartida por la comunidad» (p. 27). Debemos tener en cuenta que Martínez Ruiz no entiende el patriotismo en el sentido «arribista» que mordazmente criticó Miguel de Unamuno, sino que lo asocia «al hombre que espiritualmente, lleno de amor, henchido de callado entusiasmo, supiese fusionar, dentro de su espíritu, en un todo armónico, todos estos elementos de su patria: el paisaje, la historia, el arte, la literatura, los hombres» (p. 155).

Precisamente, el autor postuló que «la literatura y el periodismo pueden desempeñar una importante labor en aras a la armonía entre el aparato estatal y los ciudadanos —pueblo, liberales y conservadores—; o sea, entre el Estado y la nación» (p. 165). De acuerdo con esta idea, son las letras el nexo de unión entre el Estado y el pueblo, pues ambos participan de un bagaje cultural común.

Tal y como aduce Dolores Thion Soriano-Mollá, «la nación literaria de Azorín es esa comunidad que las obras literarias generan a partir del acto de lectura» (p. 165), de modo que todos los hombres pueden llegar a experimentar un vínculo emocional de pertenencia respecto a su patrimonio cultural, a través de la experiencia lectora.

A modo de balance, podemos concluir que los autores de este libro acopian minuciosamente las ideas esenciales que constituyeron el pensamiento azoriniano; así como los pilares fundamentales sobre los que se sustentó su invención de la literatura nacional, forjada a partir del legado cultural de los clásicos de las letras españolas.